

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradass de San Felipe el Real

Nº 865 Sábado 17 de Febrero de 2024

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Consideraciones sobre el hombre**, Arturo Robsy
- ✚ **Pánico y mentira**, Hermann Tertsch

Consideraciones sobre el hombre

ARTURO ROBSY

(1949-2014) Tomado de la revista *Altar Mayor* nº 66 Mayo-Junio 2000, editada por la Hermandad del Valle de los Caídos

El viejo hombre nuevo

Parte de la utopía consiste siempre en la creación o aparición del ya famoso «Hombre Nuevo», es decir un humano que no se comporte como los humanos y que lo consiga no por fuerza de voluntad ni por esfuerzo, sino de forma natural.

El marxismo (y el comunismo un pelín más) buscaba hombres nuevos que, a ser posible, razonaran poco y no tuvieran instinto de propiedad. La Iglesia, tras la salvación por y en Cristo, con más realismo, buscó al hombre renacido, ya tras el bautismo, ya tras conocer a Dios, y la Iglesia ha sido, hasta este siglo, la mayor potencia en propaganda de una fe profunda, revelada y útil para la vida y la convivencia. Pero seguimos rodeados de malos elementos, llevados a vivir en contra de Dios y de la lógica, conducidos a la ignorancia y al pecado. Cristo Salvó al «hombre viejo», al de toda la vida. Al pecador.



José Antonio Primo de Rivera –por hablar de algún español– intentó hallar al hombre nuevo y descubrió el parecido entre todos nosotros: la personalidad no cambia con el tiempo, pero se puede usar mejor, aprovechar mejor. Cambiar al hombre, a mejor o a peor, sí es posible, pero manteniéndole humano, no «nuevo».

Los libros serios de psicología, los que se usan en estudios también serios como medicina, definen (copio de «el Cerdá») «los sentimientos, las emociones y las pasiones son en gran parte responsables de las características de una personalidad». Luego

se añade algo que olvidamos demasiado: «Ante toda situación que tenga alguna importancia, la mayor parte de las personas tienden a responder afectivamente». Y esas respuestas afectivas producen modificaciones en el cuerpo y en la mente: pelos de punta, risa, sonrisa, llanto...

Y estas modificaciones, que pueden llegar al ataque o a la huida, donde mejor se perciben es en la voz y, luego, en la expresión facial. En cualquier caso, ante todo, tomamos una actitud emocional y esa emoción tiende a alimentarse a sí misma: cuanto más ríes –por ejemplo– más reirás. Y más aún, la pregunta contestada cada día con más afirmaciones: ¿Estamos tristes porque lloramos o lloramos porque estamos tristes? Parece que la respuesta es de ida vuelta: la emoción produce un cambio físico; pero repitiendo sólo el cambio físico, se puede llegar a la emoción y desencadenarla. Eso significa que si sonreímos, acabamos sintiéndonos optimistas y si lloramos (se aprende a hacerlo con facilidad) acabamos tristes.

En otras palabras: hay medios físicos para llegar al alma y transformar su actitud y hasta su comportamiento. Por ejemplo, ya se ha usado el cambiar de firma para mejorar a la persona o, al menos, para variar su egoísmo, su sentido de inferioridad, su dominancia, etcétera. Si la firma es un reflejo intenso de la personalidad, su modificación puede actuar sobre esa personalidad, modificándola.

Lleguemos al idioma: el esfuerzo intelectual mayor que hace el hombre a lo largo de su vida; no se trata solamente de aprender a hablar para comunicarse, sino de muchos otros valores que llegan con las palabras: su riqueza, su antigüedad, su lógica interna (sintaxis) le convierten en el mayor, en el más gigantesco transmisor de valores, de conceptos sobre el bien y el mal, de las esencias del hombre y hasta de la fuerza.

Nuestro Español, por ejemplo, es un idioma que transmite catolicismo de tal modo que, sin ser católico no se pueden entender muchas palabras y dichos, ya sea el «de Pascuas a Ramos» o «comunión». Y por el idioma, junto a él, a la vez, nos llegan tradiciones, códigos de honor, futuros y sueños. Tanto que para el hombre normal no existe lo que no puede decir con palabras. Recordemos la palabra muy usada por Jardiel Poncela: «Escafurcio».



El *carácter* ya no es un límite, sino lo que los nacionalistas, con poquísima visión, han creído y llamado «*Carácter Nacional*», aquello en lo que todos nos parecemos, y que no es sino el mecanismo general de transmisión de moral, historia, tradición... ¿Historia? Recuerde: «Se armó la de San Quintín», «Vale un Potosí», «quemar las naves», etcétera.

La primera conclusión es que nadie que hable bien puede ser tonto o inculto. La segunda, que es la que hoy importa, es que enseñar el idioma con su etimología, leer a los clásicos y entenderlos, disponer de vocabulario amplio, es modo seguro de modificar el carácter de la persona, de potenciarlo y moderarlo, según convenga. Hombre de idioma pobre, hombre de razón pobre.

Quizá lo sepan o lo sospechen los gobernantes, los que nos acumulan los barbarismos (shock, kit, set, pack, etc...), los que trabajan para empobrecer la lengua, aumentar la polisemia o para, directamente, ejecutar algunas voces como Patria, Gloria, Excelencia...

Pero si queremos españoles, buenos españoles, capaces de empresas comunes y de empeños duraderos, hemos de enseñar el Español como asignatura capital de la vida, como base obligada para cualquier estudio posterior, para cualquier convivencia enriquecedora, para el sostén de la fe; para la independencia.

La cantidad humana

Un Ensayista francés, en 1967, Pierre Idiart, publicó en España (Labor) un interesante ensayo, tan poco convencional y cierto que resultó condenado al abismo porque daba buenas razones para huir del comunismo. Tal ensayo se llamaba igual que esto: *La cantidad humana*. Pero éste no trata sobre lo mismo (aquél era un estudio sobre la capitalización empresarial y la miseria) y yo prefiero hablar del número a secas, hasta de los seis mil humanos que malviven con resignación, hambre, sed e injusticia.

Parece, aunque no se puede demostrar, que el hombre antiguo mesopotámico o egipcio, Asirio o Hitita-Hurrita, siguieron una determinada evolución: de la aldea a la Ciudad Estado, sin hacer ascos al saqueo de la ciudad vecina.



Los griegos, siempre modernos, dieron con un sistema de participación que llamaron democracia, donde la asamblea de ciudadanos, todos ellos, se juntaban para votar elegir o luchar. Otros habitantes de las urbes no lo hacían: ni votaban ni combatían. De paso carecían de derechos y de un respeto aceptable. Aquella democracia, de la que Pericles fue el mejor intérprete (con el cargo de estrategós autokrator, algo

así como Capitán General o Caudillo) estaba pensada para la ciudad y para los propietarios: nunca para el universo y, aun así, tuvo sus rebeliones, sus traiciones, sus golpes de estado.

Hoy no. En el siglo XVIII imaginaron el «pacto social», el hombre corrompido por la sociedad, más los presuntos tres poderes. Y, quien pudiera, decidió llamar Democracia a algo que se parecía muy poco a la democracia verdadera, la griega y, luego, la de la Roma Republicana, que hasta tenía defensor del pueblo llamado Tribuno de la Plebe, con tendencia a morir al poco. En aquel mundo clásico y civilizado, griego y romano, las Internacionales actuales se hubieran llamado por lo que son, traiciones.

Pero tenemos la democracia liberal en España, muy bien publicitada, y erigida con dineros extranjeros, dispuesta siempre a legislar sobre todo lo humano y lo divino y a insuflarnos una moral laica de la que lo que más se entiende es «Coge el dinero y corre». Y nos la insuflan por tele cuando aún no nos hemos ajustado, en dos mil años, a la moral cristiana. La democracia, aunque liberal, es casi seguro que funcionaría en ciudades, en pueblos, donde todos los vecinos se conocieran. Pero una España de

aldeas es inviable y la democracia ya no puede reunir en asamblea a todos sus ciudadanos, y es distante y sorda cuando llegamos a las ciudades grandes, a las comarcas, a las provincias y a las regiones, donde se votan las siglas de un partido sin conocer a los hombres que éste presenta.

Tampoco se descubre nada si se afirma que cuantos más somos menos libertad tenemos. Adán y Eva eran libres, aunque compartían ciertos proyectos con una sierpe. Dos en el mundo: Jauja. Pero Nínive no tenía ya esa libertad: era demasiado grande y violenta para tener alguna democracia.

Por fin, a través de filosofías, estudios y guerras, la humanidad dio con la mayor unidad de convivencia posible: las Patrias. Un paso más acá y se dividía en regiones a la catalana; un paso más allá surgía el Imperio y los imperios (véase Roma, Carlomagno, España, Inglaterra y, pronto, Estados Unidos) se desintegran inevitablemente

La España de 8 o 9 millones de habitantes, con Felipe II, era mucho más libre que la España de los cuarenta millones. Hay que leer un magnífico artículo de Juan Luis Calleja (premio Mariano de Cavia), en el que traslada al estado de los Austrias cosas que hoy se hacen como señal de libertad. Todavía existían los monopolios y el Psoe cuando hacía ver el asombro de los ciudadanos españoles del siglo XVI, ante la obligación de comprar paja y grano



para sus caballos a unos almacenes de propiedad estatal (como las gasolineras hoy), prohibir a los caballeros ir armados o no batirse por honra, quitarles hasta un 50% de su peculio, llevar una cédula con su nombre y dirección y un retrato, tener policía, etc... Aquella España no lo hubiera consentido: porque eran pocos los españoles, aunque muy duros, y eran más libres: Asunto de Cantidad: Una libertad dividida entre

entre 8 millones da un cociente mucho mayor que dividida por 40 millones. Hay que rebajar los derechos personales para favorecer la convivencia armónica. Había más margen para la persona.

Por las mismas razones, la España de 40 millones puede ser más libre que la Alemania de ochenta, como vemos en el hecho de que su actual constitución está elaborada por sus vencedores, e impuesta a la fuerza y a la que –si no ha sucedido recientemente– no le han firmado la paz de la guerra terminada en 1945.

Pero tampoco es importante en términos globales. Cada patria es un universo: el nuestro está ocupado por 40 millones de españoles, y el alemán por ochenta millones de alemanes. Pero si el alabado «Mundialismo», tan alabado y tan buen negocio, gana la batalla social y liberal (y ahí están de acuerdo Felipe y Aznar), acabaremos en una sociedad poco diferenciada, con apenas libertad. Nada menos que la libertad dividida por 6.000.000.000 seres humanos y, como eso no es posible, ni siquiera mecánicamente posible ni hay burocracia normal que lo controle, nos encontraríamos sumidos en una tiranía enmascarada por las multinacionales autorizadas, incapacitada por ley para innovar o evolucionar (El menos malo de los sistemas, ¿eh?), suponiendo que se permita votar entonces.

He aquí por qué las Patrias son cada día más necesarias: son las unidades de convivencia únicas que permiten convivir con cierta libertad y todavía con capacidad de decisión (muy reducida ya) para sus ciudadanos. Si la Democracia Liberal (Unión Europea, por ejemplo) va contra las Patrias, hacia su disolución, está claro que también va contra la libertad, por mucho que pregonen lo contrario.

No siempre, pero sí a menudo, la cantidad está reñida con la personalidad.

Pánico y mentira

Bruselas busca con angustia armas electorales contra la ola de fuerzas conservadoras y nacionales. Con mucha trampa

Hermann Tertsch (*El Debate*)

Están en pánico. Lo está la actual mayoría en el Parlamento Europeo, ese bipartidismo socialdemócrata de populares y socialistas que, con los Verdes y algún invitado izquierdista más, ha tenido la hegemonía total nunca cuestionada en la historia de la institución.

Lo están en la Comisión Europea y lo están en los gobiernos de los países que siempre han controlado la política de la UE y que se tambalean entre fracasos como son los casos de Alemania y Francia.

En Alemania, los tres partidos del gobierno de Berlín (SPD, Verdes y (FDP) apenas suman hoy en los sondeos el 20 %. Y en los tres estados en los que hay elecciones en septiembre podrían desaparecer los tres de los parlamentos. Mientras parece irrefrenable el avance del AfD que en algunos estados ya es primera fuerza y en los demás segunda tras la CDU.

Y en Francia ya hay sondeos que dan la victoria a Marine Le Pen de Rassemblement Nationale (RN) también en la segunda vuelta. Tanto la AfD como RN están en el grupo



Identidad y Democracia, que se sitúa a la derecha del ECR, Conservadores y Reformistas Europeos, grupo en el que está VOX, Fratelli d'Italia y el partido Ley y Justicia de Polonia.

A cuatro meses exactos de las elecciones europeas del 9 de junio estos dos grupos ECR e ID son los únicos que crecen mientras pierden escaños

todos los demás, PP Europeo, Socialistas, Renew, Verdes y Comunistas. La caída de algunos es dramática. Y el crecimiento de ECR e ID que se augura es espectacular.

Así las cosas, los partidos tradicionales, toda la socialdemocracia en la que hay que incluir al Partido Popular que, como dice Esteban González Pons, «gobierna Europa en coalición con los socialistas y los verdes», buscan desesperadamente formas de hacer frente a unas fuerzas conservadoras que por primera vez en la historia amenazan su hegemonía.

No se esperaban este tsunami conservador y ahora buscan armas para intentar seguir dictándolo todo en la UE, ellos que los firmantes del Pacto Verde, ese disparate de ingeniería social que solo tuvo los votos españoles en contra de Vox.

Ellos están alineados en la defensa de la Agenda2030, «nuestro evangelio» según expresión rotunda de otro eurodiputado y dirigente del Partido Popular español, el exministro José Manuel Margallo.

Los cordones sanitarios sirven contra minorías, pero no contra partidos de gobierno. Y eso de llamar ultraderecha a todos los que están hartos de la política que han hecho los partidos de la mayoría ya no funciona tampoco.

Ni siquiera contra la AfD han surtido efecto las campañas gubernamentales en Alemania que han recurrido a montajes inauditos de supuestos golpes de estado y fantásticas conspiraciones de planes de deportación, todos grotescos por inverosímiles.

Hasta han convocado manifestaciones gubernamentales «contra la ultraderecha» jaleadas y celebradas por el coro de los medios alemanes que desfilan con su argumentario con disciplina prusiana.

Quieren probar la censura y la Comisión Europea está montando un siniestro argumentario para intentar vetar o amputar las redes que no apliquen los filtros que ellos quieren.

La han tomado con X, la antigua Twitter, en la que Elon Musk tras comprarla entera, abolió la férrea censura izquierdista que regía.

Thierry Breton, el gran cacique de la industria de la telecomunicación francesa y europea, hoy convertido en comisario de Mercado Interior (ya me dirán algunos cómo se digieren semejantes conflictos de intereses de un hombre que regula para todas las grandes compañías de sus amigos, de sus exsocios y empleados) se ha convertido en un Savonarola de la corrección política socialdemócrata que amenaza a todo discrepante.



Ahora quieren convertir en delitos de odio lo que no les gusta. Criticar la inmigración ilegal e incontrolada podrá ser delito de odio como denunciar la evidente y brutal relación entre inmigración ilegal y delincuencia o condenar la política que fomenta operaciones de cambio de sexo entre niños y adolescentes.

Parejo a la difamación, a los cordones sanitarios, a la censura y delito de odio han puesto en marcha otro recurso, por supuesto también tramposo, que pretenden intensificar de cara a las elecciones.

Es su supuestamente bien intencionada «lucha contra el antisemitismo y la islamofobia». La farsa es completa porque se presentan antisemitismo e islamofobia como si existieran por igual y fueran lo mismo que hay que combatir. Lo que es radicalmente falso.

Cierto es que Europa tiene un gravísimo problema de antisemitismo que, para vergüenza de todos, hace de Europa otra vez un continente en el que acechan graves peligros a los judíos por el hecho de serlo.

Pero el antisemitismo europeo tiene hoy claramente dos orígenes. Un antisemitismo lo importamos a diario con fronteras abiertas a la entrada ilegal e incontrolada de millones de odiadores de los judíos. Por cierto, también consumados odiadores de

los cristianos, aunque eso lo manifiesten menos en donde no tengan hegemonía. Las persecuciones a los cristianos no se producen en Europa de momento, aunque son numerosas y monstruosas por su balance de muertos por ejemplo en África.

Pero el antisemitismo importado ha perdido ya toda barrera de pudor en Europa y hemos visto en los pasados meses multitudes de inmigrantes musulmanes por las calles de las grandes ciudades pidiendo el exterminio de judíos y la destrucción de Israel.

Después está el moderno antisemitismo de la izquierda, disfrazado de antisionismo pero tan agresivo y fanático como el otro.

Surge del odio incondicional a Israel, está aliado con todos los enemigos del estado judío y se ha generalizado en los partidos de la izquierda.

En el pasado hubo una izquierda democrática tan partidaria de Israel que hasta lo tuvo por referente, hoy esa ya no existe.

De forma inversa en su desarrollo, el antisemitismo de la derecha católica muy extendido en el pasado en las capas populares es hoy marginal, circunscrita a grupos integristas y oscurantistas.

En la izquierda española ese antisemitismo se ha disparado y hay ejemplos sangrantes como los odiadores profesionales de Israel que son Pedro Sánchez,



celebrado por los terroristas de Hamás o su ministra Sira Rego que encabeza manifestaciones proterroristas en Madrid, en favor de la desaparición de Israel.

Y aquí está la trampa que la Comisión Europea y toda la menguante y aterrorizada mayoría socialdemócrata quiere lanzar de cara a las

elecciones europeas.

Con la falsaria e intelectualmente despreciable equiparación entre el antisemitismo realmente existente y la supuesta islamofobia, quieren estrangular el que es el debate capital de cara a las elecciones junto a la ingeniería social, el Pacto Verde, la falta de democracia y subsidiaridad en la UE y la deriva injerencista y autoritaria: la inmigración y la identidad de las naciones europeas.

La «islamofobia» como problema es un invento precisamente de esa izquierda antisemita para intimidar a los europeos e impedir así sus reacciones y protestas ante la invasión que está sufriendo.

Esta invasión ha cambiado en pocos lustros los paisajes de las ciudades y la forma de vida en los barrios. Hasta miles de pueblos en toda Europa han visto destruida su cotidianeidad de siglos con la llegada no deseada de inmigrantes de culturas remotas, sin ninguna voluntad de integración, con una cultura hostil a las formas de vida de las naciones europeas.

Si el sambenito de «fascista», «ultraderechista» o «nazi» siempre ha servido muy eficazmente a la izquierda para intimidar y callar verdades, la islamofobia es el grito de guerra para impedir que las sociedades europeas reaccionen y tomen medidas y decisiones en defensa de su identidad.

Quieren obligarles a aceptar lo inaceptable con esta invasión. Y quieren desacreditar esta lucha por la seguridad, la legalidad y la civilización occidental. En Europa no hay agresiones de cristianos a musulmanes. Hay noticias cotidianas de delitos y violencia o intimidación contra europeos por inmigrantes llegados del mundo musulmán.

Es un hecho que millones de inmigrantes no han llegado para integrarse sino a una



conquista territorial que en algunas regiones europeas está avanzada. Son muchos los líderes musulmanes que ya la dan por hecha y se hace por vía tanto de la natalidad y las fronteras abiertas.

Y si lo dijo Bumedian hace décadas, hoy lo dice Erdogan sobre «sus ejércitos» en Holanda o Alemania y lo dicen en las mezquitas en Oriente Medio como en Londres, París o Bruselas.

Tengamos todos muy claro ante estas trampas de la socialdemocracia en pánico que el rechazo a actitudes invasoras

no es odio a ideología ni religión alguna. Es autodefensa de quienes son invadidos y no son defendidos por sus gobernantes que jalean, financian y abren las puertas al invasor.

La lucha de la autodefensa va por tanto dirigida hoy no contra el inmigrante sino contra los falsos defensores de las naciones que son los gobernantes que traicionan sus intereses y practican una política de destrucción consciente de las identidades nacionales. Y eso es lo que se dirime en las elecciones de junio.